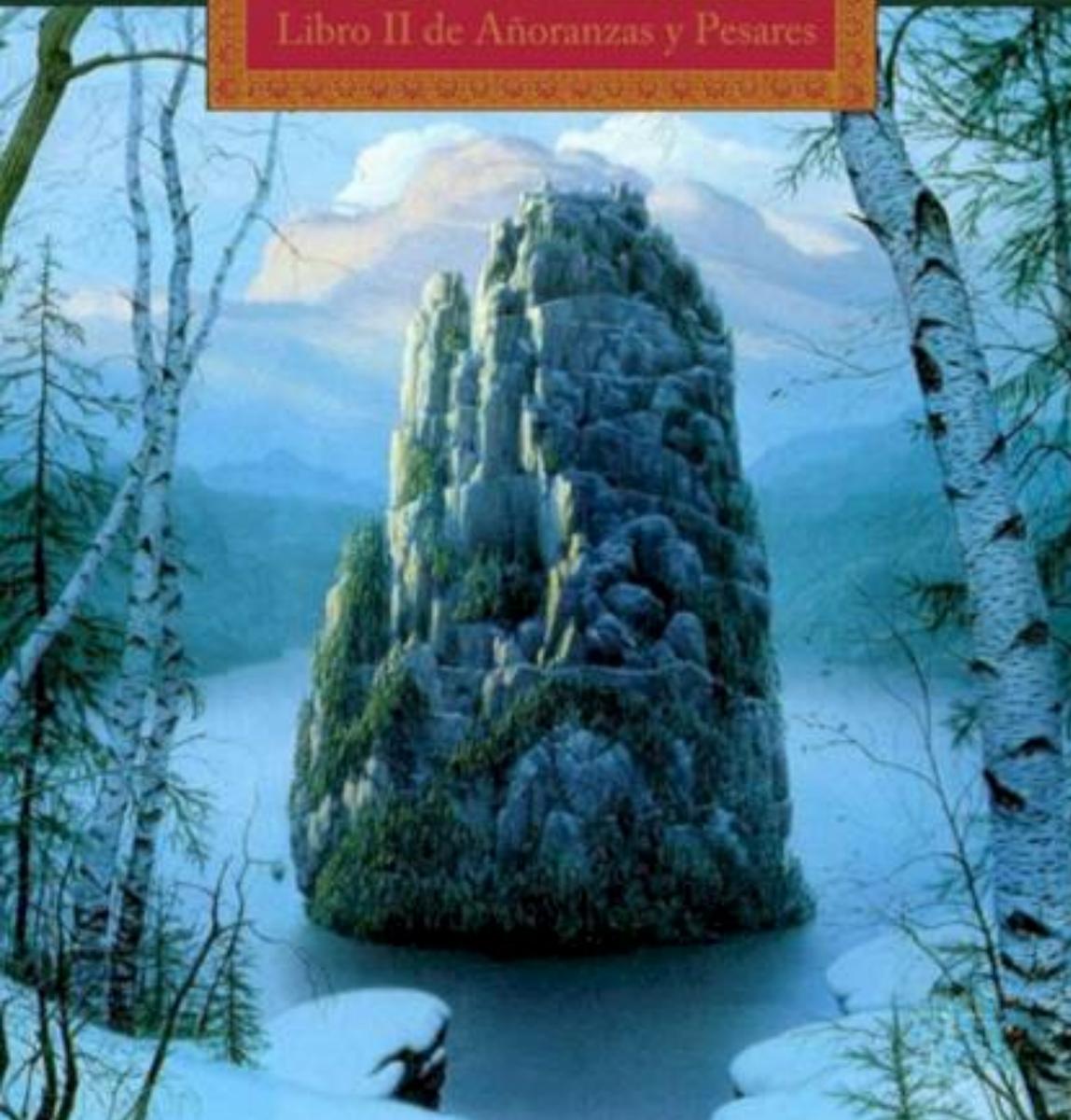


LA ROCA DE LOS RADIOS

Tad Williams

Libro II de Añoranzas y Pesares



El infernal poder de Ineluki, el Rey de la Tormenta y jefe sitha no muerto, destruye el reino de Osten Ard y siembra un Mal contra el que no parece haber defensa. Sólo cuando el reino esté en posesión de las tres espadas de gran poder mágico, recobrará la paz, pero el camino a recorrer para reunir las está sembrado de una maligna brujería muy difícil de superar. De este modo, los maltrechos restos del anteriormente glorioso ejército de Osten Ard huyen en búsqueda de un último refugio y punto de reunión: la Roca del Adiós, lugar envuelto en misterios y pesares.

Por su parte, los desperdigados supervivientes de la Liga del Pergamino luchan con ahínco para cumplir unas misiones que los conducirán desde las devastadas ciudades de los humanos hasta las escondidas cuevas qanuc en las montañas a través de tempestuosas aguas, de un bosque lleno de tremendos peligros que ningún ser humano podría afrontar, y del secreto mundo de los sitha, donde esos seres, poco menos que inmortales, deben decidir si llegan a una alianza con los hombres en una última guerra contra los de su propia sangre.

En este trascendental volumen se cumple lo que se vaticinaba en El trono de huesos de dragón, ya que la novela arrastra a los lectores hasta el mismo centro de una guerra aniquiladora, alimentada por una magia capaz de deformar la estructura del tiempo y del espacio.

NOTA DEL AUTOR

*... De todas las cosas cambiantes
que en triste danza pasan entre revoloteos
al compás de la entrecortada melodía de Cronos,
sólo las palabras encierran cierto valor.
¿Dónde están ahora los reyes en guerra,
burladores de la palabra? ¡Por el Crucifijo!
¿Dónde están ahora los reyes en guerra?
Una vana palabra es hoy su gloria,
pronunciada por el balbuciente colegial
cuando lee alguna complicada historia:
Los reyes de antaño están muertos;
puede que la propia tierra en movimiento
sea sólo una súbita palabra llameante,
percibida unos momentos en el sonoro espacio
y que quebranta el eterno ensueño.*

William Butler Yeats
(del Canto del Pastor Feliz)

Mi agradecimiento a Eva Cumming, Nancy Deming-Williams, Paul Hudspeth, Peter Stampfel y Doug Werner por su colaboración en esta obra. Sus perspicaces comentarios y sugerencias arraigaron en mí, y en algún caso dieron inesperado fruto. Además, y como de costumbre, deseo expresar mi reconocimiento a mis valientes editoras, Betsy Wollheim y Sheila Gilbert, que trabajaron conmigo contra viento y marea.

(Dicho sea de paso, las personas mencionadas son justamente las que yo quisiera tener a mi lado si un día me persiguieran las nornas. Esto podría ser interpretado como un honor algo dudoso, pero lo digo con la mejor intención).

Nota: Al final del libro hay un índice de personajes, un glosario y una guía de pronunciación.

Este libro está dedicado a mi madre, Barbara Jean Evans, que me inculcó un profundo cariño por Toad Hall, los Bosques de Aker y Shire, así como por otros lugares y países recónditos más allá de lo conocido. También inculcó en mí un inagotable deseo de realizar mis propios descubrimientos y de compartirlos con los demás. Quisiera compartir este libro con ella.

Prólogo

El viento barría las almenadas murallas aullando como mil almas condenadas que pidieran misericordia. Pese al intenso frío que le sorbía el aire de los pulmones, antes tan resistentes, y le arrancaba la piel de la cara y de las manos, el hermano Hengfisk encontraba cierto placer en aquel sonido.

«Sí, así es como llorarán todos los pecadores que se burlaron del mensaje de la Madre Iglesia, incluidos, por desgracia, los menos rigurosos entre los hermanos de san Hoderund. ¡Cómo se desesperarán ante la justa ira de Dios, suplicando compasión cuando ya sea tarde, demasiado tarde...!».

De pronto se golpeó la rodilla con una piedra desprendida de una pared y se dejó caer sobre la nieve con un grito de dolor. El monje permaneció gimiendo unos instantes, pero la mordedura de las lágrimas que se helaban en sus mejillas lo obligó a ponerse nuevamente en pie. Y siguió adelante, cojeando.

La calle principal, que ascendía a través de la ciudad de Naglimund en dirección al castillo, estaba cubierta por la nieve que traía el vendaval. Las casas y las tiendas de ambos lados casi desaparecían bajo una asfixiante capa blanca, pero incluso aquellos edificios todavía no cubiertos estaban tan vacíos como los esqueletos de animales muertos tiempo atrás. En la calle no había nada más que Hengfisk y la nieve.

Cuando el viento cambió de dirección, el silbido producido en la crestería del castillo, allí en lo alto de la colina, aumentó rápidamente de volumen. El monje miró de soslayo las murallas con sus ojos saltones, y luego bajó la cabeza. Se abría paso con trabajo a través de la gris tarde, y el crujido de sus pisadas era un casi silencioso toque de tambor que acompañaba al canto del viento.

«No es de extrañar que la gente de la ciudad haya buscado refugio en la fortaleza», pensó tiritando.

A su alrededor todo eran negras bocas de idiota, debajo de los tejados, y paredes hundidas bajo el peso de la nieve. Dentro del castillo, en cambio, protegidos por la piedra y el robusto maderaje, los habitantes de la villa estarían a salvo. Habría fuegos encendidos, y los enrojecidos y joviales rostros —rostros de pecador, como recordó Hengfisk con desdén: malditos y atolondrados rostros de pecador— se reunirían para mirarlo, asombrados de que hubiese caminado tanto trecho en medio de la espantosa tempestad.

Era el mes de junen, ¿no? ¿Se habría deteriorado tanto su memoria, que ya no recordaba en qué mes estaban?

Pero, desde luego, era junen. Dos lunas llenas atrás había sido primavera, un poco fría quizá, pero eso no significaba nada para un rimmerio como Hengfisk, criado en el crudo clima del norte. No, lo extraño era que en pleno junen, el primer mes de verano, hiciese un frío tan horrible y todo estuviera lleno de nieve y hielo.

¿No se había negado el hermano Langrian a abandonar la abadía, después de todo cuanto él había hecho para devolverle la salud? «Hace un tiempo de perros, hermano —había dicho Langrian—. ¡Parece una maldición de Dios sobre la creación entera! ¡Es el día de pesar nuestras acciones!».

Bueno..., si Langrian prefería permanecer en las incendiadas ruinas de la abadía de San Hoderund, alimentándose de bayas y otros frutos del bosque (¿y qué encontraría, con un frío tan impropio de la estación?), ¡allá él! El herma-

no Hengfisk no era tonto. Naglimund era el lugar adecuado para ir. El viejo obispo Anodis le daría la bienvenida, y además admiraría su agudeza por todo lo visto, así como lo que Hengfisk contara sobre lo sucedido en la abadía y también referente al temporal. Los de Naglimund se alegrarían de verlo, se encargarían de que comiese, le harían preguntas, lo dejarían sentarse junto al fuego...

«Tienen que estar enterados del mal tiempo que hace, ¿no?», pensó Hengfisk un poco atontado, mientras se ceñía más el manto crujiente de hielo. Se hallaba ya en la sombra proyectada por el muro. El blanco mundo que le había tocado atravesar durante tantos días y semanas parecía haber llegado a su término, como un precipicio que desapareciera en una pétreo nada. «Sí, tienen que estar enterados de la enorme cantidad de nieve, y de todo eso. No fue otro el motivo de que abandonaran la ciudad en busca de refugio. Y es este infame y endemoniado tiempo lo que aleja a los centinelas de sus puestos... ¿No es así?».

El monje se detuvo a contemplar con extraordinario interés el montón de escombros cubiertos de blanco que otrora había sido la gran puerta de Naglimund. Los grandes pilares y macizos sillares parecían negros como el carbón, en contraste con la nieve acumulada encima. Aun así, el agujero abierto en la torcida pared era suficiente para acoger a veinte Hengfisk, unos junto a otros, hombro con hombro, todos ellos huesudos y temblorosos.

«¡Hay que ver cómo se descuidaron! Pero... ¡de que manera chillarán y chillarán cuando llegue el momento de su juicio, y sin ninguna posibilidad ya de enmendarse...! Todo está abandonado: la puerta, la ciudad, y hasta el tiempo».

Alguien debía ser castigado por semejante negligencia. Sin duda, el obispo Anodis estaba sumamente ocupado intentando mantener sujeto a semejante rebaño. Él, Hengfisk, ayudaría con mucho gusto al buen anciano a dominar a tanto haragán. Pero primero necesitaba sentarse al lado

del fuego y comer algo caliente. Luego ya vendría un poco de disciplina monacal, y pronto se arreglaría todo...

Hengfisk pasó con cuidado por entre los astillados postes y las piedras ocultas bajo la blanca capa.

La cosa era que, como el monje se dio cuenta poco a poco, todo aquello encerraba cierta belleza. Al otro lado de la puerta no había nada que no estuviese cubierto por una delicada tracería de hielo, semejante a un encaje de telarañas. El sol del crepúsculo embellecía con sus arroyuelos de oro las escarchadas torres y los muros y patios rebozados de hielo.

En el recinto de la fortaleza, el aullido del viento era un poco menos intenso. Hengfisk permaneció parado durante un raro, asombrado ante la inesperada quietud. Cuando el ya débil sol se hundió detrás de las murallas, el hielo se oscureció. Profundas sombras de color violeta surgieron de los rincones del patio en que el monje se hallaba, y se extendieron lateralmente a través de las fachadas de las ruinosas torres. Ahora, el viento recordaba los bufidos de un felino, y Hengfisk, el de los ojos saltones, bajó la cabeza a guisa de cansado y entumecido saludo.

Desierto. Naglimund estaba vacío; ni una sola alma se había quedado en el castillo para dar la bienvenida a un caminante rendido a causa del temporal. Hengfisk había hecho leguas y más leguas por aquel inmenso erial blanco para encontrarse con que el lugar al que había acudido estaba tan mudo y muerto como una piedra.

«Pero —se preguntó de pronto—, si el castillo está vacío..., ¿qué significan esas luces azules que parpadean en las ventanas de las torres?».

¿Y qué eran aquellas figuras que se le aproximaban por el desordenado patio, moviéndose sobre las heladas piedras con la gracia de flores de cardo empujadas por el aire?

El corazón le latía con violencia. Primero, al ver sus hermosos y fríos rostros, así como sus pálidos cabellos, Hengfisk creyó que eran ángeles. Pero luego, cuando descubrió

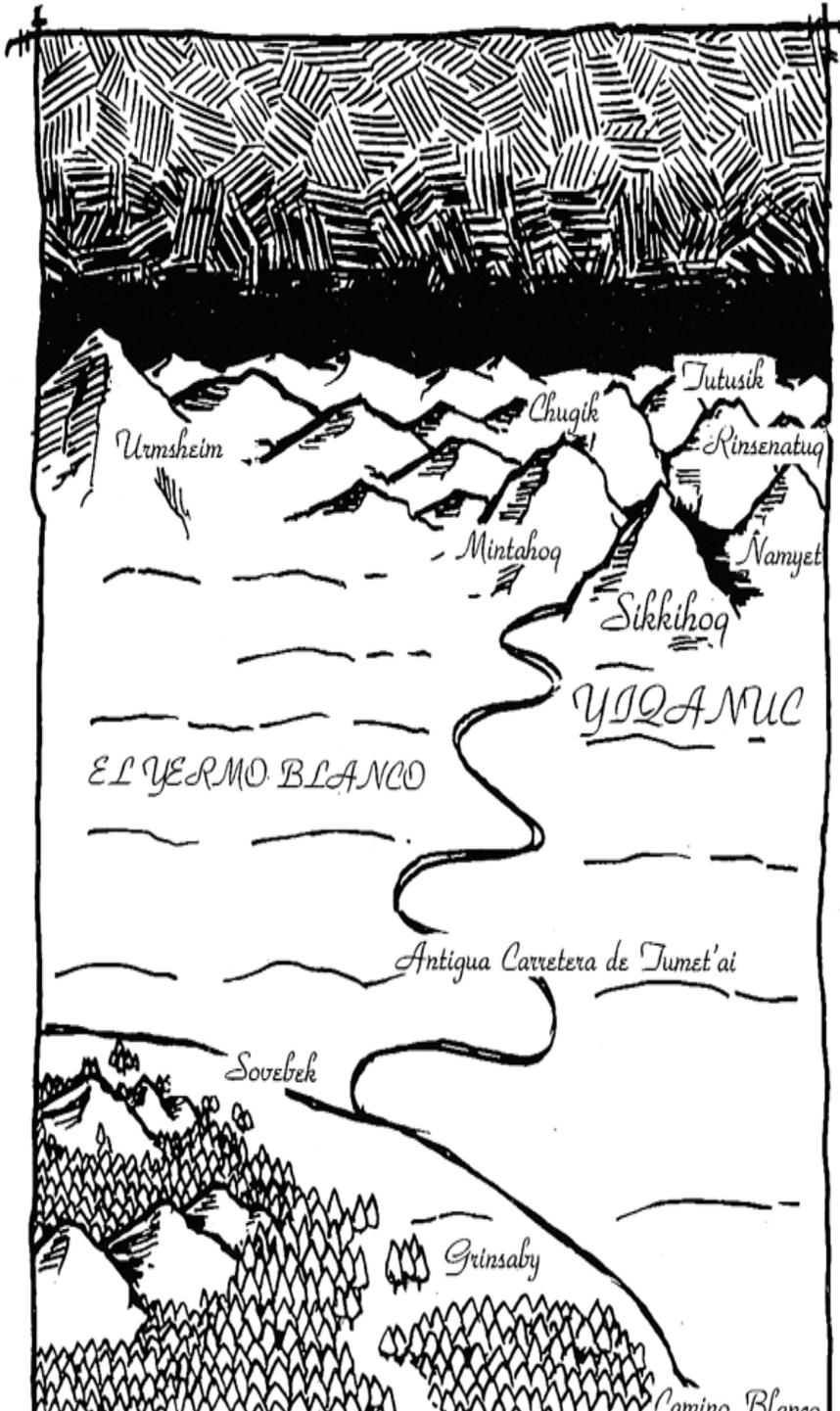
el cruel brillo de sus ojos negros y, sobre todo, la sonrisa de aquellos seres, dio media vuelta, tambaleante, y quiso echar a correr.

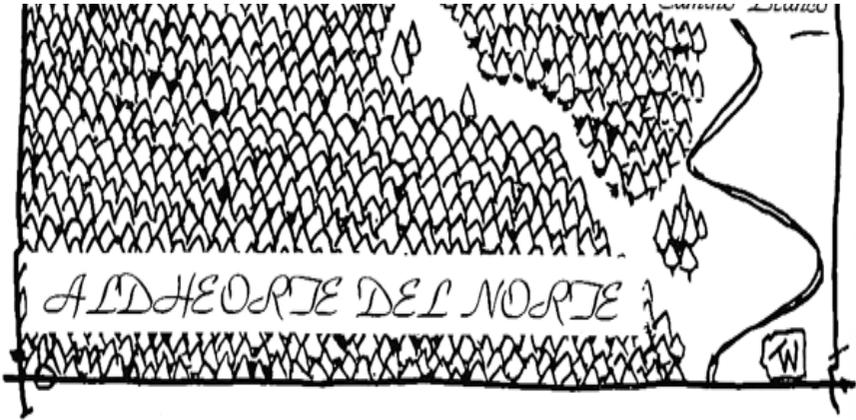


Las nornas le dieron alcance sin dificultad y lo arrastraron consigo hacia las profundidades del solitario castillo, debajo de las sombrías torres, cubiertas de hielo, y de aquellas luces que parpadeaban incesantemente. Y cuando las nuevas dueñas de Naglimund le hablaron en un susurro con sus misteriosas y musicales voces, los gritos del monje dominaron incluso los aullidos del viento.

Primera parte

El ojo del huracán





1

La música de las alturas

Hasta en la caverna, donde el crepitante fuego enviaba grises dedos de humo al agujero del pétreo techo y la rojiza luz jugueteaba con las retorcidas serpientes y los cuadrúpedos de grandes colmillos y ojos muy abiertos esculpidos en las paredes de roca, el frío seguía royéndole los huesos a Simón. Cuando salía de su sueño febril para volver a caer en él, ya fuera durante el pálido día o la gélida noche, tenía la sensación de que un hielo gris crecía en su interior, paralizándole los miembros. Se preguntaba si alguna vez experimentaría de nuevo el calor.

El muchacho escapaba de la horrible cueva y de su cuerpo enfermo por la senda de los sueños, deslizándose indefenso de una fantasía a otra. Con frecuencia creía haber regresado a Hayholt, el castillo que había sido su hogar pero que nunca volvería a serlo: un lugar de prados bañados por el sol y de maravillosos y sombríos escondrijos..., el caserón más enorme que uno pudiera imaginarse, lleno de bullicio y color y música. Paseaba por el Jardín de los Setos, y el viento que aullaba fuera de la cueva donde yacía, cantaba también en sus calenturientas fantasías, soplando delicadamente entre las hojas para sacudir, con cuidado, los tiernos arbustos.

Un extraño sueño lo llevó de nuevo a las estancias de Morgenes. Su estudio se hallaba ahora en lo alto de una gran torre, desde cuyas ventanas ojivales se veían pasar las nubes. El anciano, malhumorado, se inclinaba sobre un voluminoso libro abierto. En su actitud y su silencio había algo de preocupante. Morgenes parecía hacer caso omiso de Simón, y no apartaba los ojos de las tres espadas que, toscamente dibujadas, llenaban las páginas a la vista.

Simón se acercó al alféizar de la ventana. Susurraba el viento, aunque no se notaba brisa alguna. Miró al patio. Y allí, contemplándolo con unos ojos muy abiertos y serios, había una niña, pequeña y de cabellos oscuros, que levantó una mano, como si quisiera saludarlo, y luego desapareció.

La torre y el atestado cuarto de Morgenes empezaron a diluirse bajo los pies de Simón, como la marea descendente. El último en desvanecerse fue el mismo mago. Pero, incluso mientras se esfumaba como una sombra ante la nueva luz del día, Morgenes no dirigió la mirada a Simón. Por el contrario, sus nudosos dedos recorrían las páginas del libro, como si buscara ansioso unas respuestas. Simón lo llamó, pero el mundo entero se había vuelto gris y frío, lleno de remolineantes nieblas y jirones de otros sueños...

El muchacho despertó, como tantas veces desde que había abandonado Urmsheim, para encontrarse en la oscuridad nocturna de la cueva y ver a Haestan y Jiriki acostados cerca de la pared cubierta de runas. El erkyno dormía envuelto en su capa, con la barba sobre el esternón, mientras que el sitha miraba fijamente algo que tenía en la palma de su mano, de largos dedos, y parecía totalmente absorto. Los ojos le centelleaban, como si lo que sostenía reflejara los últimos rescoldos del fuego. Simón intentó decir algo. Estaba hambriento de cordialidad y voces..., pero nuevamente tiraba de él el sueño.

«El viento suena tan fuerte...».

Gemía en los lejanos pasos de montaña como lo había hecho alrededor de las elevadas torres de Hayholt..., como